

La Caja de las losas doradas

Con pasos que apenas rozan el pavimento de losas doradas, mis pies van bajando a la caja de las mil rosas, las que guardan el perfecto aroma y los colores más metálicos... En la bajada, a ambos lados de mis tobillos, comienzan a surgir dos pares de alas y siento que voy en busca del rumor de bosques olvidados bañados de niebla dorada.

Dentro del cubo, un pequeño colibrí de plumaje escarlata se posa en mi dedo índice y, a modo de consejero, me va mostrando los rincones de la maravillosa caja.

Me habla de océanos profundos donde viven sorprendentes corales, seres de delicada transparencia, anémonas, caballitos de mar... estrellas de la mañana que un día se precipitaron a un abismo de luz, para incendiar un corazón dormido.

Nubes de algodón rosa rodean mi cabeza y me muestran los sueños de un hombre que habita en un jardín lleno de senderos de flores violetas, campánulas, paredes de acanto y mantos de aquilegias.

Sus ojos muestran el recuerdo azul de días de gloria y una corona de espigas de trigo ciñe su cabeza... al rodearlo puedo ver que porta un manto crepuscular, que abriga su espalda, los días de larga noche.

En este jardín, el viento pasea ligero alejando todas las sombras y, a modo de heraldo, trae los mejores presagios. El lugar esconde el aroma de los tilos, la menta, la manzanilla, la hierba luisa y siento el ligero zumbido de insectos que se desvanecen en frenética carrera.

Veó un óculo que escapa al tiempo... o quizá el tiempo se ha enamorado de su forma circular, o tal vez haya quedado atrapado como un regalo dentro de su caja.

Al subir las escaleras, el aroma de las flores silvestres pueblan mis zapatos; por vestido, llevo la alegría de las caléndulas... mi cabello se ilumina con la luz de las luciérnagas y mis bolsillos guardan el secreto sonido de las cigarras...

Marisa Royo